

México y la cultura francesa

Reflexiones en torno de la década de 1857-1867



ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Ciño este ensayo a dos puntos que me parecen sobresalientes en el decenio referido en el subtítulo. El primero es de orden interno: las leyes reformistas, desde la norma fundamental de 1857 hasta las promulgadas al término de esos diez años, provocan una auténtica renovación no sólo política sino social. Originan real separación entre la Iglesia y el Estado, definen y amplían la función rectora de este último en la sociedad e imprimen a su función un nuevo sentido conforme a los ideales políticos que sustenta. Van a ser los valores impregnados de un liberalismo total los que organicen al Estado nacional e imperen para hacer posible el proyecto de nación formulado por los liberales. Privar a la Iglesia de las funciones de control de la sociedad ejercido mediante los registros parroquiales y arrogarse el derecho de regular a la población por la vía del registro civil, ante el cual los nacimientos, matrimonios y defunciones se legitiman, constituyeron pasos fundamentales. Arrancar al cuerpo eclesiástico la facultad de educar a la sociedad para instaurar una enseñanza planeada con base en una ideología y formar la conciencia ciudadana fue otro paso medular. Tan importante como esos dos hechos resultó el arbitrio de nacionalizar y desamortizar las propiedades de la Iglesia.

Después de tres siglos de un intervencionismo total entre las funciones de la Iglesia y las del Estado —y, por qué no decirlo, más de éste en las de aquélla—, se obligó al clero a respetar los designios de la política estatal. Por fin se escindían, se separaban respetando cada una sus propias finalidades y esencias, dos instituciones fundamentales: Iglesia y Estado. La separación a mi modo de ver fue positiva. Amplios grupos añoraron que la Iglesia no contara con la acción y potencia estatal para perseguir sus peculiares fines.

Otro aspecto esencial surgido de la dura lucha librada en esa década fue que México consolidó en forma definitiva su unidad nacional. Las anteriores invasiones extranjeras se realizaron en territorios muy restringidos, reducidos, en los que sólo parte de la población cobró conciencia del peligro. Ni siquiera la intromisión yanqui de 1847 unificó la conciencia

nacional y hubo zonas de la República que ni siquiera advirtieron la amenaza de perder su soberanía y quedar sujetas a un poder extraño. La Intervención francesa, que por su duración, contingentes y planeación sí fue sentida en todas las zonas del país, pues las fuerzas invasoras penetraron en el sureste, en Oaxaca, en el altiplano, en las costas del golfo y del Pacífico y llegaron hasta Matamoros, Nogales y Chihuahua, sí fue advertida por la totalidad de la población. Conmovió a todos los estratos sociales: el pueblo, la clase media y la alta. La resistencia republicana, doblegada en numerosas ocasiones, despertó el nacionalismo de las masas y por todas partes se experimentó la necesidad de defender al país entero, de proteger la identidad nacional, de salvaguardar las instituciones republicanas. Al final de la guerra de intervención, México consolidó el sentimiento nacional que desde entonces se ha fortificado. Estimo que éste es también uno de los logros más destacados alcanzados gracias a la tenaz lucha ideológica y militar librada en esos diez años.

El otro aspecto que deseo señalar pertenece al orden de la cultura y creo surge por el afán, el anhelo a veces heroico del pueblo mexicano de superar sus carencias culturales, de abrirse sin prejuicios a los vientos desatados por las renovaciones mentales que posibilitan el ingreso en ambientes o círculos superiores de cultura, bien sea científica, filosófica, técnica o literaria, y también económicos y sociales.

La inteligencia mexicana siempre fue propicia al renacimiento intelectual. Absorbimos muchos y positivos elementos de la Ilustración, del liberalismo moderno y también del pensamiento socialista. Aquí se intentó cristalizar varias utopías, como la de Topolobampo y la de Chalco, y no hubo resistencia a ninguna corriente renovadora por razón de su origen. Por ello, si ya en la primera mitad del siglo XIX, como afirmara con cierta desconfianza el doctor Mora, la influencia francesa se hacía más patente en las ideas y en las costumbres que la británica, el interés por la cultura de Francia no menguó por obra de la presencia de los ejércitos de Napoleón III en México. Por el contrario, se acrecentó y ese acrecentamiento se debió en parte a la política

cultural de los invasores, manifestada incluso en la acción interventora y realizada por la administración y los cuerpos militares franceses. Estos grupos, al arribar a México, eran portadores de una amplia serie de nociones sobre nuestro país, su territorio, población, recursos e historia. Al residir aquí reforzaron esos conceptos, pero también observaron que la realidad sobrepasaba sus conocimientos y se vieron obligados a buscar más información, y de un carácter más confiable y certero.

Por más que los corifeos de la Intervención francesa señalaran que ésta era motivada por el afán de contener el avance territorial de los Estados Unidos, de impedir el afianzamiento del sistema esclavista y de mediar, como hoy lo hacen las Naciones Unidas, su Consejo de Seguridad y los jefes de las grandes potencias, para establecer un sano sistema democrático, es indudable que Napoleón el pequeño —como denominó Víctor Hugo al tercer Napoleón—, al autorizar la expedición e invertir en ella muchos millones de francos, lo hizo analizando los riesgos y ventajas que acarrearía a Francia. Por ello, a base de inteligentes disposiciones, proveyó a las fuerzas intervencionistas de medios para reconocer el país, estimar sus recursos naturales y humanos y planear su aprovechamiento.

El amor e interés por la cultura de otras naciones ya se había patentizado en las expediciones del primer Bonaparte. Macizo grupo de sabios le acompañó a Egipto y sus indagaciones cristalizaron en el impulso que Champollion imprimió a la egiptología mediante la lectura de la piedra de Roseta. Desde aquellos lejanos años, las plazas y palacios de París se llenaron de obeliscos y esfinges, y los museos franceses se enriquecieron al igual que los de Roma lo habían hecho años atrás. Los resultados científicos, históricos y artísticos de esas expediciones se hicieron

notorios. Napoleón III, con otro criterio y apoyado por hombres sabios y sagaces como lo fue su ministro de Cultura, Víctor Duruy, no se quedaría atrás. Por ello sus colaboradores formularon programas culturales, elaboraron proyectos y crearon comisiones encargadas de estudiar a México, descubrir sus recursos y la forma de aprovecharlos, y analizar el valor de sus antiguas sociedades.

El interés de la cultura francesa por las civilizaciones precolombinas se manifestó desde muy temprano, directa o indirectamente. Fue un militar de origen flamenco francés y servidor del ejército español, Guillermo Dupaix, el primer gran explorador científico interesado en la arqueología, pues entre 1805 y 1808 realizó una amplia serie de recorridos por el centro y sur del país, acompañado del excelente dibujante Marcelino Castañeda. De esos viajes resultó una amplia y preciosa descripción de los monumentos arqueológicos más relevantes e importantes y una bellísima colección de dibujos de los mismos. A partir de esos años surge el interés de los franceses por el pasado indígena, la geografía, la fauna, la flora, los minerales y la población mexicanos. Ese interés se hará patente con mayor fuerza y cobrará una forma organizada durante la ocupación de México por las fuerzas invasoras. Hay que señalar, por otra parte, que la formación de los miembros del ejército francés era muy rica. Los mariscales y almirantes —figuras prominentes en la milicia y en la política—, generales, coroneles y simples tenientes contaban con una sólida instrucción, provenían de los centros militares y educativos más sobresalientes, practicaban una estricta disciplina, poseían cultura superior y dominaban varias especialidades como la ingeniería y la medicina, esta última tanto humana como veterinaria. Había especialistas en enfermedades tropicales, excelentes geógrafos, geodestas, agrimensores, naturalistas, etcétera. Los amplios y ricos informes que ellos dejaron a su paso por México revelan la excelencia de su educación, el dominio de sus disciplinas y su inteligente razonamiento. Los documentos elaborados por estos jefes militares son de gran utilidad para conocer el estado general de México en los años de la intervención.

Sobre esas bases firmes de la armada, la administración política tenía una misión esencial: reconocer el potencial de México para autogobernarse conforme a un sistema sólido y progresar. Nuestro país, con sus recursos, debía cubrir los gastos ocasionados por la expedición extranjera; de ahí que hubiera interés por conocer los recursos y cuidarlos.

Esto no quiere decir que no existiera en el ánimo de los administradores franceses la curiosidad cultural y científica propia de una potencia de esa magnitud. Por ello, y con entera independencia de la administración militar, se pensó en crear una Comisión Científica de México, la cual tendría como finalidades esenciales elaborar una cartografía confiable —principalmente de las regiones tropicales—, realizar estudios geológicos y de ciencias aliadas como la paleontología y vulcanología —como base para futuras explotaciones—, estudiar la climatología variada debido a las características propias del suelo mexicano, alentar investigaciones botánicas para conocer la rica flora





mexicana, así como zoológicas para estimar la riqueza de la fauna y conocer nuevas especies capaces de prosperar, efectuar estudios antropológicos para entender los problemas de la población, sus características, distribución, costumbres, historia, desarrollo moral y social, y también prohiar estudios económicos y políticos con base histórica para comprender mejor la sociedad mexicana. Este proyecto fue impulsado tanto por el ministro de Instrucción Pública, el notable historiador Víctor Duruy, como el senador Michel Chevalier, figura prominente en la política imperialista de Napoleón III y autor de una obra muy importante sobre México, *Le Mexique ancien et moderne*, publicada en París en 1863.

El propósito de estos funcionarios encontró eco en el ánimo de su soberano, quien el 27 de febrero de 1865 expidió un decreto que autorizaba el establecimiento de la Comisión, cuya finalidad, de acuerdo con las palabras del ministro Duruy, se concentra en este párrafo:

Quando nuestros soldados se retiren de esas tierras, dejando tras ellos recuerdos gloriosos, nuestros sabios las sabrán conquistar para la ciencia. No hay que dudar que sus trabajos abrirán nuevos horizontes al conocimiento de ellas, se vivificarán y extenderán y se crearán nuevas ideas más fecundas que darán a nuestros estudios una saludable renovación.

En los artículos del decreto imperial se explicaba el proyecto y se designaba a los miembros que integrarían la Comisión Científica de México. Entre ellos figuraban los siguientes: el mariscal Vaillant, ministro de Bellas Artes; el senador Michel Chevalier; el vicealmirante Jurien de la Gravière, quien ya había tenido en 1839 un contacto nada amistoso con México; el sa-

bio Boussingault, miembro del instituto; el arquitecto Viollet-Leduc; el barón Larrey, de la Academia Imperial de Medicina; el abate Brasseur de Bourbourg, arqueólogo, etnólogo y futuro gran difusor del valor del *Popol Vuh*, y el anticuario y coleccionista Aubin, quien formaría una de las colecciones de códices y manuscritos mexicanos más importantes.

En el mes de marzo de 1864, un nuevo decreto especificaba trabajos cuya realización dependería del comité reunido en París y no de la organización militar. Otra nueva orden, ahora de marzo de 1864, reestructuraba la comisión en cuatro grandes grupos: el de ciencias naturales y médicas, el de ciencias fisicoquímicas, el de historia, lingüística, arqueología y etnología, y el de economía política, estadísticas, obras públicas y asuntos administrativos. De ellos formaban parte hombres tan notables como De Quatrefages y Saint Claire Deville, Combres y Faye —del instituto—, Brasseur de Bourbourg y Aubin, así como Viollet-Leduc. En esa misma fecha se designó como corresponsales del organismo en México a personas eminentes de la política y la cultura, las cuales aceptaron colaborar en los trabajos de la Comisión por considerarla importante para el avance de las ciencias mexicas. Entre esos corresponsales se contaban Joaquín Velázquez de León, José Fernando Ramírez y Lucien Biart —acreditado en Orizaba—. Además, se solicitó el beneplácito de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística a través de José Urbano Fonseca. De ese modo se trataba de aprovechar el trabajo científico de los mexicanos, tal como lo había hecho el barón de Humboldt durante su viaje por nuestro país. Más tarde se incorporarían al grupo, como corresponsales, otros mexicanos ilustres como el doctor Miguel Jiménez, el minero Antonio del Castillo, Francisco Pimentel, don Joaquín García Icabalceta, Eulalio Ortega, Gabino

Barreda, Antonio García Cubas, Manuel Orozco y Berra, el astrónomo y geodesta Francisco Jiménez y otros más.

Cada uno de los comités formuló sus propias instrucciones para normar los trabajos. En ellas se advierten tanto las finalidades estrictamente científicas, muy de acuerdo con el estado de conocimiento de la época, como algunas que responden a intereses políticos y económicos.

La Comisión Científica de México laboró con tesón y dejó como muestra de su actividad dos grandes repertorios. El primero lo representan los *Archives de la Commission Scientifique du Mexique, publiées sous les auspices du Ministère de l'Instruction Publique*, en tres volúmenes, en París (Imprimerie Imperiale, 1865-1867), y varios tomos de otra serie, *Mission Scientifique au Mexique et dans l'Amérique Centrale*, impresos con elegancia, integrados por estudios de mayor amplitud que los contenidos en los *Archives* y publicados aun años después de haberse terminado la desastrosa "expédition du Mexique".

He querido resaltar el valor y la importancia de esta comisión porque ella, fuera de algunas erróneas interpretaciones—sobre todo en el campo de la geografía física, pues asignó al Nudo de Zempoaltépetl la función que ejerce el paralelo diecinueve, que es el eje volcánico, función que señalarían más tarde geógrafos mexicanos como Ezequiel Chávez, Pedro C. Sánchez y otros—, produjo valiosos aportes para el conocimiento del país, de sus recursos naturales y humanos, de su arqueología e historia, los cuales no sólo enriquecieron en los medios europeos el conocimiento que se tenía de México, sino que abrieron a los propios mexicanos más amplias perspectivas sobre su nación, la naturaleza de su territorio y sus valores.

Destacan, tanto por su valor positivo como por ser indagaciones político-económicas para explotaciones futuras, los trabajos hidrográficos realizados en el Golfo de México, los estudios climatológicos y barométricos efectuados en diversas zonas, los exámenes mineralógicos llevados a cabo desde Baja California y Sonora hasta Jalisco y Michoacán, las prospecciones consagradas a los volcanes Popocatepetl, Volcán de Colima, etcétera. En el campo de las ciencias médicas, algunas investigaciones sobre la calidad de las aguas, la fiebre amarilla y el mal del pinto. Y, en la esfera de la antropología, los informes sobre zonas arqueológicas como Casas Grandes, La Quemada, Xochicalco, Teotihuacan y las ruinas de Mitla, antigüedades mexicanas conservadas en Copenhague, las zonas mayas exploradas por el abate Brasseur, la numeración de los antiguos mexicanos estudiada por Rémi Siméon, la descripción de varios códices de la colección Bovan y muchos estudios más que revelan el interés despertado por la historia y las expresiones de las culturas precolombinas entre los científicos franceses.

En resumen, estimo que las investigaciones realizadas por la Comisión Científica de México provocaron gran inquietud entre los estudiosos europeos por conocer mejor la realidad, las posibilidades, los recursos, los problemas y la historia de nuestro país. Y, al esforzarse por ello, trazaron también nuevas vías y métodos a los científicos nacionales, quienes desde entonces aprovecharían en diversas ramas científicas—medicina, quí-

mica, metalurgia—, y en disciplinas antropológicas e históricas, los procedimientos, los avances, las ideas y reflexiones de sus colegas europeos. No cabe duda de que, a partir de aquellos años, la influencia de Vidal de la Blache, Paul Rivet, Stresser Pean, Marcel y Claude Bataillon, Robert Ricard y Jean Meyer, ha sido evidente y poderosa. A ella habría que agregar la ejercida en los últimos años por la amplia escuela de los *Annales* y por sabios como Braudel, Lévi-Strauss, Le Goff, etcétera, etcétera. En el campo de las letras, y de las artes, ya especialistas han mencionado el influjo que los escritores, arquitectos y artistas franceses han tenido en México.

Independientemente de la condena que merece una intervención política militar como la que Francia llevó a cabo, por múltiples razones, en nuestro país, es evidente que la creación y difusión de ideas científicas, humanistas, filosóficas y políticas florecidas a partir de aquellos años ha sido positiva. Tal avance se inició justamente en la década aquí analizada y constituye un aspecto que me interesa poner de relieve.

Debo señalar que el interés de la cultura francesa no se detuvo en aquellos años sino que continuó desde otras perspectivas y conforme a otras bases. Magnífico complemento de las obras mencionadas lo constituye la magna obra *Le Mexique au début du xxe siècle*, contenida en dos grandes volúmenes en folio, impresos en París por la librería de CH. Delagrave a principios de este siglo, en el momento de la prosperidad del porfiriismo. En él intervinieron, con serios y sustanciosos trabajos, sabios de la importancia de E. Levasseur, quien escribió una amplia y bien informada introducción; Eliseo Reclus, responsable de la visión geográfica; el príncipe Roland Bonaparte, analista de la población y colonización; León Bourgeois, estudioso de las instituciones políticas, judiciales y administrativas.

Por otra parte, Hypolito Gomot se ocupó de la agricultura; la minería fue tratada por L. de Launey; la industria, el comercio y la navegación, por Alfred Picard; los ferrocarriles, por C. Frantz; correos y telégrafos, por M. Lagrave; moneda, crédito y banco, por A. de Foville; finanzas, por Leroy-Beaulieu; instrucción pública, por O. Gérard; ciencias, por A. Haller; arte y literatura, por J. Claretie; armada y marina, por el general Niox—a quien debemos una rica descripción de la intervención y la elaboración de notables mapas geográficos—, y relaciones exteriores, por D'Estournelles de Constant. E. Levasseur es autor de las conclusiones de la obra.

Este importante documento guarda estrecha relación con otro elaborado en nuestro país, la *Evolución política y social de México*, en el que colaboraron, entre otros, Justo Sierra, Pablo Macedo y Ezequiel Chávez. Es interesante hallar al final del capítulo conclusivo una reflexión donde se señala que el desarrollo demográfico y económico de Canadá, Estados Unidos y México puede dar lugar a la formación de un poderoso bloque.

Así, el interés puesto en nuestro país por la *intelligentsia* francesa en los años comprendidos en el periodo 1857-1867 se prolongaría más allá de las conveniencias puramente políticas y se concretaría en una obra que no cesa de acrecentarse. ♦